

Una ética del "parlêtre" (Lacan)

En 1966, en el texto de los *Écrits* titulado *La science et la vérité*, Lacan asociaba estrechamente el psicoanálisis con el nacimiento de la ciencia moderna en el siglo XVII; sin la cual, afirmaba, el descubrimiento freudiano nunca habría podido tener lugar.

Al liberarse de la cuestión del sujeto y excluirlo, la ciencia en el sentido moderno del término dio un paso decisivo y experimentó un auge prodigioso. Sin embargo, no nos dice dónde está lo bueno, dónde lo malo o "hasta dónde hay que llegar"; de ahí la creación de los "comités de ética" en nuestra época.

Si el enfoque científico ya no quería saber nada de la dimensión subjetiva, para Lacan, ésta, como un efecto de retroalimentación, volvió dos siglos más tarde a través de la clínica.

"Déjeme hablar", decían las pacientes histéricas a Freud, inaugurando la "*talking cure*".

Este fue el comienzo de los descubrimientos del psicoanálisis. Partiendo de la existencia de una estructura inconsciente en la que cada "viviente que habla" en su singularidad, se encuentra atrapado con su cuerpo "hasta el punto de que no estaría allí por falta de poder hablar de él", dice Lacan en *Radiophonie*.

El sujeto del psicoanálisis es un sujeto dividido, dividido por el habla y el lenguaje. Como "hablante" tiene que insertarse en una dimensión simbólica en la que ya está inscrito desde antes de nacer. Y esta inscripción tiene un coste: el de una pérdida radical de goce en la relación con el otro y con su cuerpo.

Esta parte perdida del goce, perdida para siempre y llamada por Lacan "*petit a*", provoca en el sujeto un deseo identificado por Freud como indestructible. Un deseo que, cuando le duele demasiado, adopta una forma sintomática.

Sin embargo, desde Freud e incluso desde Lacan, los síntomas han evolucionado, y sin duda dicen algo de la época en que aparecen, y han adoptado nuevas formas: en particular bajo el efecto de una cierta erosión de la dimensión simbólica, hasta el punto de que lo real, en una especie de coalescencia con lo imaginario, se manifiesta hoy de manera un tanto invasiva.

El fenómeno de la adicción, por ejemplo, crece exponencialmente y se ha multiplicado. Ahora adopta formas muy diversas y se propaga según modalidades muy variadas. Como el paradigma de una especie de relación hipnótica con el objeto, implica directamente la realidad del cuerpo, pero no sin dañarlo...

Otro gran "trastorno" procedente de Estados Unidos, que retoma a su manera la Teoría francesa, recorre hoy nuestra sociedad: un *Trastorno de Género* así designado en 1990 por Judith Butler. Un trastorno, sin embargo, relativizado como alineado con otros en el controvertido DSM, que pretende ser científicamente objetivo y desea "despatologizar". Con la ayuda de los laboratorios farmacéuticos y las compañías de seguros, se desmanteló así la noción de síntoma y con ella una psiquiatría de inspiración freudiana que escuchaba lo que se podía decir sobre la verdad del sujeto.

El género vino entonces a reprimir la cuestión del sexo a nivel social, cuando no a desautorizarla o forzarla.

Esto llevó a la creación de consultas médicas para la "disforia de género" donde, con el paso de los años, se han visto cada vez más adolescentes. Donde antes había diez al año, pronto hubo diez al mes. Bajo el efecto, podríamos decir, de una especie de "contagio histórico", esta nueva oferta se ha visto aparentemente abocada a no preocuparse más por la distinción, esencial para los psicoanalistas, entre demanda y deseo.

Esto también ha llevado a los padres con su hijo de seis/siete años, como la "*Niña*" de la película de Sébastien Lifshitz emitida por televisión, a recurrir a estas consultas, mientras que unos meses pueden bastar a los psicoanalistas experimentados para llevar a un niño a elaborar una fantasía que, ante todo, pide ser escuchada y reconocida; y evitar así que el niño pase su fantasía directamente a la realidad de su propio cuerpo, con todas las consecuencias que entonces pueden derivarse...

Sin embargo, en nombre de la "cientificidad" y de la eficacia, el psicoanálisis tiende a ser desacreditado, si no desterrado, de las instituciones sanitarias, es decir, de un discurso cuyos estragos, por desgracia, sólo podemos observar cada vez más...

Si la causa del deseo, en su radicalidad, nos compromete de alguna manera con la pulsión de muerte, esta última, a través de la mediación de lo simbólico regido por la función fálica, está llamada a realizar una desviación -aquella de la que habla Freud en *Más allá del principio de placer* en relación con la muerte.

El deseo debe poder seguir estructurándose, en particular con el Edipo, y no debe estar saturado de goce.

Pero bajo el efecto de un neoliberalismo desenfrenado y de una función simbólica degradada, ¿no está hoy el deseo sofocado o a la deriva? Como el goce ya no puede abstraerse, las tensiones aumentan, se desbordan y se desata la violencia, acompañada de un discurso en el que sólo se habla de "agresores" y "agredidos".

El uso del lenguaje, el léxico y la sintaxis se abrevian, se empobrecen, se homogeneizan, se dejan llevar, podríamos decir, por lo real y lo imaginario.

Y cuando el registro significativo se desmorona, su función estructurante y mediadora se reduce en consecuencia, apelando a la inmediatez, al impulso y, en última instancia, en la repetición, a la pulsión de muerte. Nada impide que el sujeto, así debilitado, encuentre refugio bajo la égida de un líder en lo que Freud llamó "psicología de masas" o "psicología de multitudes"...

¿Hasta qué punto lo real, asociado o incluso coagulado con lo imaginario, prevalecerá sobre los efectos del lenguaje llamado "natural", que metaforiza, por así decirlo, la ley de la especie? Olvidar esto, ignorarlo, ¿no es atenerse a una concepción instrumental y reductora del habla y del lenguaje, en la ignorancia de su función constitutiva para el deseo del sujeto en su singularidad? ¿Qué ocurre cuando la revolución digital, la inteligencia artificial y las tecnociencias se imponen, o incluso intentan suplantarse? Aquí habrá que remitirse a los trabajos de Nestor Braunstein, sobre lo que llamó antes de dejarnos *El discurso de los mercados*.

Vivimos una época, al parecer, en la que la ciencia comienza a desplegar todas sus consecuencias y en la que las cuestiones éticas se plantean con especial agudeza.

Si en 1966 Lacan consideraba que "el sujeto del psicoanálisis no es otro que el de la ciencia" -es decir: ninguna ciencia sin psicoanálisis y sin duda recíprocamente, ningún psicoanálisis sin ciencia...- precisaba algunos años más tarde, en una entrevista a France-Culture en julio de 1973, cómo veía la función del psicoanálisis y, en consecuencia, el papel y la responsabilidad de los psicoanalistas: "El análisis no es una ciencia" decía. "¡Es el discurso sin el cual el discurso de la ciencia no es sostenible por el ser que ha accedido a él durante más de tres siglos! El discurso de la ciencia tiene consecuencias irrespirables para lo que llamamos humanidad. El análisis es el pulmón artificial a través del cual intentamos asegurar que podemos encontrar goce en el discurso para que la historia continúe ».

En un momento en que Chatgpt plantea la cuestión de atravesar un nuevo umbral para el sujeto humano, esta reflexión de Lacan, que se remonta a cincuenta años atrás y confiere tal función al psicoanálisis, no puede sino animar a los psicoanalistas a no abandonar la brújula de su deseo.